

# Sarmiento y la problemática española

España ha representado una encrucijada histórico-cultural de tal envergadura que, centrándose en ella, han emergido las posiciones más antagónicas.

Por un lado, todavía hoy no faltan quienes alzan su voz para proclamar la vigencia y la «rectoría universal» de aquella nación. Gracias a España, elegida por Dios para difundir los valores ortodoxos de la Cristiandad, podría superarse hasta la misma crisis de Occidente, mediante apelaciones a las estructuras inmutables de la naturaleza humana. Misión salvífica que cuenta con preclaros antecedentes en la «empresa imperial americana», donde se habría tendido un

[...] puente entre las Culturas indígenas americanas y la Cultura Occidental. En esta forma se afirma y se evidencia la vocación universalista de la Cultura Hispánica, mientras la Cultura de Occidente se subdivide y «provincializa» a través del proceso racionalista que conduce a la idolización del Estado Nacional, y si por un lado produce la Ciencia Moderna y sus maravillas y crea el gigante prodigioso de la Sociedad Industrial, por otro encuentra en este mismo «progreso» los gérmenes de su destrucción [...]

Para esa visión, el propio movimiento independentista americano habría implicado la rebelión de la América española contra la España antiespañola de los Borbones, la puja «de los criollos descendientes de los conquistadores con su arraigado espíritu feudal contra [...] los representantes del nuevo Estado moderno, centralista y colonialista», el enfrentamiento de «una América profunda y tradicionalmente hispana, antimoderna, contra una España europeizada».<sup>1</sup>

Entre los diversos asuntos que el citado enfoque, nostálgicamente franquista, parece no tener en cuenta se halla nada menos que el estentóreo elenco de políticos e intelectuales que en tierra americana se levantó contra esa misma España dogmática objeto de tanta supuesta veneración. Elenco que estuvo precisamente integrado por quienes lideraron las guerras de la independencia así como por sus descendientes más directos.

## El antihispanismo desplegado

### 1. *La peninsularidad*

Entre los hombres mencionados en último lugar se hallaba, en el Plata, Domingo Faustino Sarmiento, quien, junto a otros congéneres suyos, como Echeverría, Vicente Fidel López o Juan María Gutiérrez, menospreció todo lo que oliese a hispanidad.

<sup>1</sup> Julio Yeaza Tigerino *La cultura hispánica y la crisis de Occidente* (Madrid. Ministerio de Cultura. 1981) caps. 1 y 2.

En tal sentido, Sarmiento destaca no sólo por adoptar una postura hipercrítica o, como él mismo la denominó, de «fiscal reconocido» ante la cuestión española, sino que también asignaría a ésta una importancia decisiva como contra-modelo para acceder a su visión ideal de América Latina.

En lo aquél también califica como «teoría» suya, en una carta a Lastarria, aparece claramente señalado que, debido a la acción de Carlos V y Felipe II, los pueblos americanos habían surgido «sin conciencia ni tendencia de gobierno», a lo cual se agregarían muchas otras falencias más.

Hay una hispanofobia en Sarmiento que es posible rastrear en muy distintos órdenes de cosas y que apunta tanto hacia la España pretérita como hacia la que resultó contemporánea del autor e, incluso, hacia las mismas perspectivas que le llegó a vaticinar a dicho país.

Además, el «proceso contra España», como lo llamó Dardo Cúneo,<sup>2</sup> no empieza, según asegura este último, al concluir el año 1842, sino que se halla presente con anterioridad, a partir de los primeros escritos de Sarmiento<sup>3</sup> y se iría renovando durante su dilatada existencia.

Para Sarmiento, España ha vivido aprisionada entre la intolerancia oficial y el sometimiento voluntario, sumiéndose en el atraso, la miseria y la ignorancia. Al margen de la apertura ideológica y económica que implicó el desarrollo europeo moderno, no habría representado mucho más que «un fragmento de los continentes antiguos, escapado a las transformaciones posteriores del globo».<sup>4</sup>

La *cultura general* española le deja a Sarmiento una gran insatisfacción, según lo manifestó en las impresiones del viaje que emprendiera por la península hacia 1846; viaje que dio lugar a un erróneo concepto emitido por Ricardo Rojas cuando éste se refirió a Sarmiento como «el primer sudamericano que llegó a España con el propósito de conocerla y enjuiciarla».<sup>5</sup> Más adelante, en otra circunstancia, aparecen apreciaciones sarmientinas igualmente taxativas: «La España no ha contribuido con una sola verdad al progreso de la inteligencia humana».<sup>6</sup>

Las limitaciones aludidas se remarcan en cada área del saber, afectando desde simples asuntos idiomáticos hasta sofisticados problemas cognoscitivos.

Sarmiento considera el *idioma* como un fenómeno nacional configurado por el pueblo y atribuye a las academias un papel pasivo, en tanto depósito que, en el mejor de los casos, recoge y almacena expresiones que ya tienen una firme patente vital, aunque por lo común las primeras oponen ardua resistencia a las innovaciones.

<sup>2</sup> Sarmiento y Unamuno (B. Aires. Ed. de Belgrano, 1981). p. 1984.

<sup>3</sup> *Al menos desde abril de 1841. Ver Obras Completas de Sarmiento. t. 9 Instituciones Sud-americanas* (B. Aires. Impr. y Lit. M. Moreno, 1896). pp. 19-21.

<sup>4</sup> Conflicto y armonías de las razas en América (B. Aires. La Cultura Argentina, 1915). p. 208.

<sup>5</sup> El profeta de la pampa (B. Aires. Kraft, 1956). p. 275. *Antes de Sarmiento otros latinoamericanos visitaron España y dejaron sus testimonios críticos sobre el particular; tales fueron los casos del mexicano Fray Servando Teresa de Mier en 1818 (Memorias) o del peruano Manuel Lorenzo de Vidaune dos años más tarde (Cartas americanas).*

<sup>6</sup> Obras Completas, t. 30. Las escuelas... (B. Aires. Impr. y Lit. M. Moreno, 1899). p. 123.

La institución española de la lengua, un organismo inerte, se equivoca al suponer la fortaleza del idioma por ella controlado. Si bien la lengua refleja el espíritu colectivo, dada la estrechez que éste revela en el ámbito hispano, se desprende un idioma estático y subordinado a las influencias extranjeras.

Ello se infiere trazando una íntima correspondencia entre la evolución del idioma y el desenvolvimiento institucional, técnico y científico: «El castellano no es lengua de gobierno. Sus tradiciones son Felipe II y la Inquisición [...] El inglés significa el Parlamento, el impeachment, el jury, el habeas corpus, la industria, las ciencias naturales».<sup>7</sup>

Dichas relaciones se dan tanto en el lenguaje oral cuanto escrito, al igual que en el estudio del habla, como ya lo había sostenido Sarmiento en sus reformadoras polémicas juveniles sobre ortografía americana:

Hablaremos y escribiremos perfectamente en América el español [...] cuando nos hayamos nutrido de conocimientos en filosofía y ciencias naturales; eso no nos ha de dar por ahora la España, y si no cítenme ustedes al escritor español que tenga ideas propias, que haya dado a luz un sistema filosófico o descubierto y explicado un fenómeno natural [...] En gramática no poseemos un solo gramático que merezca el nombre de tal.<sup>8</sup>

No sólo la Academia española sino hasta el propio hablante de la península se siente el dueño exclusivo de su idioma y considera como un ataque a su propio país las formulaciones que un hispanoamericano pueda hacer en torno a la lengua, pues entiende que el castellano le pertenece en forma exclusiva y «que son intrusos desautorizados los treinta millones de americanos que lo hablan, de prestado al parecer».<sup>9</sup>

En suma, como le decía a su amigo José Posse en 1872, el idioma de Cervantes constituye una especie de reloj que se ha quedado en el siglo XVI.

En el terreno específicamente *literario* el saldo no resulta menos desolador: «Lo repetiré hasta cansar, no tenemos nada que merezca el nombre de literatura, un solo nombre que haya traspasado los Pirineos y héchese conocer de la Europa».<sup>10</sup>

España se habría quedado sin representantes de valía en todos los géneros literarios. En materia poética, pese a «los millares de versos y versificadores que produce la España», no puede descubrirse allí «ni un Byron, ni Goethe, ni Lamartine, ni Béranger, ni nombre alguno que salga de la Península». El teatro español permanece estancado y con manifestaciones tan subalternas que un *vaudeville* despierta mayor atractivo «que todo el repertorio español antiguo y moderno». La novelística todavía aguarda su turno, «porque la imaginación no tiene para coordinar, exagerar y embellecer, esta multitud de acontecimientos de las grandes y populosas ciudades, donde la especie humana aglomerada, oprimida, despedazada, deja oír a cada momento gritos tan terribles de desesperación, de dolor; ni ver escenas tan extrañas, ni manifestarse pasiones tan destructoras, ni afecciones, ni odios tan fuertes».<sup>11</sup>

<sup>7</sup> Obras Completas, t. 32. Discursos populares (B. A., I. y L. M. Moreno, 1899), p. 241.

<sup>8</sup> Obras Completas, t. 4. Ortografía americana (Santiago de Chile, Impr. Gutenberg, 1886), pp. 130-39.

<sup>9</sup> Obras Completas, t. 29. Ambas Américas (B. Aires, I. y L. M. Moreno, 1899), p. 319.

<sup>10</sup> Obras Completas, t. 4, p. 37.

<sup>11</sup> Viajes (B. Aires, Ed. de Belgrano, 1981), pp. 210ss.